

PRÓLOGO

Cuando desapareció José Pedro Massera, en 1942, a los setenta y seis años de edad, fué unánime el reconocimiento de que abandonaba la escena una figura intelectual y moral de la más alta jerarquía humana. Jurisconsulto, constituyente, legislador, dirigente en diversos organismos de enseñanza pública, profesor de derecho y de filosofía, toda su obra había tenido un raro sello de dignidad en el pensamiento y en la conducta. De ahí que las semblanzas y las evocaciones, escritas y orales, tributaran ante todo homenaje al hombre que había sido él.

De su vida y de sus escritos, unos pocos escritos publicados en forma dispersa y referentes a materias distintas, surgía, efectivamente, un hombre que lo había sido hasta la excelsitud, en un estilo vital de impresionante sencillez. Espíritu de firmes convicciones, personales y cívicas, sostenidas con energía no sospechada en la suavidad de sus maneras, probo y puro hasta la santidad laica; exquisito temperamento de artista, que cultivara la poesía, la pintura y la música, descollando como virtuoso ejecutante del violín; inteligencia sólidamente preparada en disciplinas jurídicas, sociales, históricas y filosóficas, en todas las cuales su talento rindiera frutos de calidad superior. Y por encima de todo, maestro

de filosofía y de humanismo, en el aula y fuera de ella; un maestro cuya sabiduría se alimentaba, antes que de los libros, de su espiritualidad entrañable, y que, por eso mismo, hizo discípulos de cuantos se le acercaron, hasta rodear de una aureola socrática el retiro de sus últimos años.

En una figura así, lo fundamental es, en definitiva, el hombre, porque sólo desde la perspectiva que ofrece la realidad viviente de su existencia, resulta posible valorarlo cabalmente. Se comprende bien, entonces, la consideración reverencial en que le tuvieron sus contemporáneos, reconociéndolo uno de los primeros caracteres al par que una de las primeras ilustraciones de su época. Pero se comprende bien, de igual modo, hasta qué punto lo perdemos quienes no llegamos a tiempo para ser testigos de su actuación, ni alumnos en su cátedra universitaria; quienes tampoco tuvimos el privilegio de pertenecer al círculo íntimo de sus discípulos y amigos, que tanto lo amaron.

El presente volumen, formado con trabajos en su gran mayoría inéditos, que a su vez sólo son parte de su obra filosófica escrita, no podría, pues, dar toda la medida de Massera, ni siquiera en el propio campo de la filosofía. Por la índole de sus temas y por lo que de su espíritu puso en ellos, servirá, sin embargo, para comunicar un fragmento esencial de su personalidad, para dar una idea, a lo menos, de lo que fué, no sólo la obra sino también, después de todo, el hombre.

* * *

Considerado en sus relaciones con la filosofía, José Pedro Massera pertenece, junto con José Enrique Rodó, Carlos Vaz Ferreira, Pedro Figari, Carlos

Reyles, Fernando Beltramo —nacidos todos ellos entre 1861 y 1872— a una generación de pensadores uruguayos que se formó en pleno reinado nacional del positivismo spenceriano, para realizar o madurar luego su obra, en el siglo XX, desde otros campos filosóficos, más o menos alejados de aquél.

En ese grupo, por otra parte tan dispar en las trayectorias y en las orientaciones, tiene Massera su singularidad en cuanto a las vinculaciones iniciales con el positivismo. Es el único que llegó a participar, muy joven, en la milicia spenceriana de polémica con el viejo espiritualismo metafísico, que se lleva a cabo en el país hasta poco antes de 1895. Cuando en 1890 se produjo una histórica reacción de la escuela espiritualista desplazada, con vistas a recuperar posiciones en la docencia filosófica, Massera fué sostenido, en enconada lucha con el bando adversario, por el sector positivista de la autoridad universitaria, que encabezaba el Rector Alfredo Vásquez Acevedo. En minoría accidental éste, se le cerró entonces el paso a la cátedra de filosofía, pese a su condición de profesor sustituto desde 1887, por la sola razón de "profesar ideas enteramente opuestas al espiritualismo", según comunicación del Consejo Universitario al Poder Ejecutivo (¹).

En 1896, sobrepasado ya definitivamente el ciclo polémico de veinte años de duración, entre espiritualistas y positivistas, integró la comisión de reforma de la enseñanza filosófica en la Universidad, cuya labor señala la apertura de una nueva época

(¹) Sobre la actuación filosófica de Massera en ese período, véase nuestro *Batlle y Ordóñez y el positivismo filosófico* (1951), caps. VII y VIII.

para la filosofía en el Uruguay; y en 1897, el jurado del concurso a través del cual Carlos Vaz Ferreira, inspirador y relator de aquella comisión, y más tarde intérprete principal de esta nueva época, obtuvo en calidad de titular la cátedra de la disciplina.

Después de esos episodios de fines del ochocientos, Massera no vuelve a tener contacto de modo público con la filosofía y su enseñanza hasta 1915. Este año entró a desempeñar una cátedra universitaria, a la que renunció con carácter definitivo en 1927, para incorporarse al Senado de la República. Es durante ese período, de 1915 a 1927, entre los cuarenta y nueve y sesenta y un años de edad, maduro su pensamiento, lejos del spencerianismo juvenil y en medio de un cuadro de ideas, universal y nacional, profundamente renovado, que definió su personalidad filosófica e impuso su figura de maestro, ejerciendo sobre sucesivas promociones la notable influencia doctrinaria y espiritual que tanto se le reconoce.

Es igualmente durante ese período que realizó por lo menos lo fundamental de su obra de escritor en el dominio de la filosofía. Esta obra ha permanecido hasta ahora desconocida, salvo el caso de un solo ensayo, el único en esta materia que en vida diera a la estampa: *Algunas reflexiones sobre la moral y la estética de Rodó*, fechado en marzo de 1920 e incluido en el volumen *Homenaje a José Enrique Rodó* que dió a luz ese año la revista estudiantil *Ariel*. El resto quedó inédito, como consecuencia de aquella modalidad de su carácter, que rehuía tanto como podía cualquier forma de publicidad. Lo constituye un variado y abundante material, casi siempre de género crítico, en forma de ensayos

independientes, de capítulos de libros en preparación, y en algún caso, como en el del trabajo sobre Santín Carlos Rossi, de un libro totalmente concluído. Es con aquel ensayo édito sobre Rodó y varios escritos elaborados y listos para su publicación, existentes entre sus papeles filosóficos inéditos, que se integra este volumen. Si por hasta ahora desconocido en su mayor parte su contenido no tiene la condición de clásico, la tiene de sobra por el puesto que su autor ocupa en la historia de nuestra cultura, llamado todavía a consolidarse, seguramente, con la difusión de estos sus escritos.

Los aquí ofrecidos, parte limitada del conjunto, bastan para confirmar, dejando de ahora en adelante testimonio duradero, los rasgos con que la tradición oral ha caracterizado la personalidad filosófica de Massera: la autenticidad y solidez de su versación, su frescura espiritual para acompañar la marcha de las ideas, la penetración analítica de su entendimiento, su severa disciplina de estudioso, el equilibrio de su juicio. Testimonian, además, la índole de su pensamiento, sus orientaciones e influencias fundamentales, los intereses y preocupaciones que lo dominaron. Constituyen, por eso mismo, tanto como un documento de su biografía espiritual, un importante capítulo de la historia de las ideas filosóficas en el Uruguay.

Procedente del positivismo spenceriano, como Rodó y Vaz Ferreira, se movió, también como ellos, en una línea de superación de aquella escuela sin contradecirla ni negarla polémicamente. Vaz Ferreira es en el país el gran representante de esta dirección, que para llamarla del modo más comprensivo puede denominarse *filosofía de la experiencia*. Por inter-

medio suyo, ha sido ella la que ha dado el tono al pensamiento universitario de las primeras décadas del siglo, flanqueada por las corrientes menores, entre nosotros, de los materialismos científicista y dialéctico, del idealismo lógico y de la tradición católica. A esta filosofía de la experiencia, que retenía de su fuente positivista las notas de empirismo, naturalismo, evolucionismo, ciencismo, racionalismo, agnosticismo, reempladas por una cauta expectativa metafísica y una idealista concepción de la acción y de los valores, se adscribe Massera. Desde su ámbito, libre de sistemas y de dogmas, profundizó problemas y analizó tesis y teorías, en una búsqueda abierta y sincera de la verdad filosófica.

Los trabajos sobre Rodó, Vaz Ferreira y Rossi, registran, en su diversidad temática, una orientación significativa de su espíritu: la que lo llevó a la reflexión sobre el pensamiento nativo circundante, dando en nuestro medio el primer ejemplo, tal vez, de esa forma superior de dialéctica de las ideas, tan distinta de la escaramuza polémica, sin la cual es imposible integrar definitivamente la autoconciencia y la continuidad de una tradición filosófica nacional. Esos mismos trabajos, y los que los acompañan sobre la lógica de los sentimientos y la lógica de los juicios de valor, en torno a doctrinas de Ribot y de Goblot, muestran, al mismo tiempo, por otro lado, la básica inspiración francesa que dominó su cultura filosófica, luego de la inicial formación sajona en Mill y Spencer. Resulta ello confirmado por el contenido de sus restantes trabajos inéditos. Prescindiendo de otras notas sobre Vaz Ferreira y de amplias glosas a la filosofía religiosa de William James, lo que allí aparece es el comentario crítico de pensa-

dores franceses, a partir del sesgo idealista finisecular del positivismo galo, en una línea que elude la metafísica para contraerse principalmente a los dominios de la moral y de la lógica. Además de los ya nombrados Ribot y Goblot, desfilan así, Fouillée, Guyau, Poincaré, Paulhan, Belot, Durkheim, Levy Bruhl, Parodi, Pradines, Meyerson, motivando sendos ensayos, a menudo inconclusos, o capítulos de libros en curso de preparación.

El estudio que hace de la ética y la estética de Rodó, tiene verdadero interés para la determinación de la conciencia filosófica del propio Massera. Se descubre en sus páginas, a través de reiteradas expresiones de solidaridad con el pensador que interpreta, su emancipación de las rigideces de escuelas; su defensa de los fueros del pensamiento lógico y correlativo rechazo del intuicionismo irracionalista, del vitalismo romántico, ruidoso entonces con la boga bergsoniana; su fundamentación empirista de los ideales, en definitiva de los valores, al margen de metafísicas o teologías preestablecidas; su concepción subjetivista y relativista de esos mismos ideales o valores. Pero tiene además interés como uno de los más lúcidos enjuiciamientos que se hayan hecho del pensamiento de Rodó, tan desfigurado, tan incomprendido. En 1920, refutaba ya, con toda precisión, una interpretación equivocada, que luego ha proliferado, sin embargo, sorprendentemente, dentro y fuera del país, con expresiones recentísimas: la que presenta a Rodó como abogado de la vida contemplativa a costa de la acción. A cuenta de una más amplia tarea de esclarecimiento, imprescindible es actualizar palabras tan certeras como éstas:

“No se entiende bien a este preclaro ingenio,

por lo tanto, si se interpretan algunas de sus frases, entre ellas las de su maravilloso cuento del rey patriarca de Oriente, en el sentido de que Rodó sólo busca ensalzar el ocio refinado del dilettante, egoísta superior, que vive para sí, para satisfacer únicamente una tendencia de divagación, de ensueño, llenando su vida de goces infecundos por exclusivamente personales y que en mi sentir ni siquiera son verdaderamente estéticos, por carecer de una de las condiciones fundamentales de lo artístico. la comunión de las almas”.

“No es eso lo que quiere Rodó: su esfuerzo tiende a hacer más extensa y eficaz la vida humana, porque no hay fecundidad sin libertad, y toda inclinación unilateral «es una mutilación de la naturaleza moral»; su concepción claramente establece que todo hombre, por su condición de tal, debe aspirar «a la armoniosa expansión de su ser en todo noble sentido»; y en cuanto a esa *vida interior*, que, en la vertiginosa vida moderna vuelta casi toda al exterior, desea para todos, es un oasis de reposo y de meditación, donde «tienen su ambiente propio todas las cosas delicadas, nobles, que, a la intemperie de la realidad quema el aliento de la pasión impura y el interés utilitario proscriben»; esa vida interior es el abrigo necesario y el escudo de todo espíritu que quiera mantener incólume su libertad contra todas las tiranías exteriores e interiores que la asaltan constantemente, y de ella ha de salir el alma retemplada, con nuevos bríos, dueña de sí misma, moldeada al calor de buenos y bellos ideales para volver con mayores energías y más intenso deseo de acción a la lucha inaplazable de la vida” (2).

(2) Pág 11 del presente volumen

La crítica que Massera hace de algunas tesis de Vaz Ferreira, tiene un significado especial en el cuadro filosófico uruguayo del primer tercio del siglo. A lo largo de ese período —por lo menos— Vaz Ferreira ha constituido en ese cuadro, un verdadero meridiano de referencia. Fué habitual que las posiciones se definieran por la medida en que se aproximaban a él o de él se alejaban. Desde campo ajeno a la que hemos llamado filosofía de la experiencia, que tuvo en él su representante mayor, fué objeto de críticas, representativas a su vez de radicales antagonismos teóricos. Así, desde la filosofía católica tradicional lo impugnó el jesuita Antonio Castro; desde el idealismo lógico, antiempirista, antinaturalista, antipsicologista, Fernando Beltramo; desde el materialismo dialéctico, Pedro Ceruti Crosa. El caso de Massera fué distinto. Compartió con Vaz Ferreira lo esencial de su actitud filosófica de conciencia, no fué insensible a su incitación e influjo, lo admiró. Pero discutió algunos de sus puntos de vista en el tratamiento de problemas particulares.

El estudio dedicado al importante capítulo de la *Lógica Viva* sobre *Cuestiones explicativas y cuestiones normativas*, pone en evidencia, a la vez, un mérito de Vaz Ferreira y un mérito de Massera. El de Vaz Ferreira consistió en haber llegado a insinuar con esa distinción, andando por un sendero propio, trazado en el terreno de la lógica, la distinción, tan capital en la filosofía del siglo XX, entre la esfera del ser, a la que corresponden sus cuestiones éxplicativas, y la esfera del valor, a la que corresponden sus cuestiones normativas. El de Massera consistió en haber relacionado esa distinción vazferreiriana con la moderna distinción entre juicios de existencia

o de realidad y juicios de valor, que no sólo fertiliza a la lógica sino que postula, más allá de ésta, todo el dominio de la axiología. Es así cómo fué a partir de un capítulo de la *Lógica Viva*, que el pensamiento uruguayo ingresó históricamente en la apasionante problemática contemporánea del valor, por intermedio de Massera. La corriente francesa, de subsuelo empirista, de donde recibió sus inspiraciones en la materia, como lo revelan sus estudios sobre la lógica de los sentimientos de Ribot y la lógica de los juicios de valor de Goblot, recogidos en el presente volumen, explica, en armonía con toda su formación personal, las ya apuntadas notas de empirismo, subjetivismo y relativismo de sus convicciones axiológicas.

Si la crítica que Massera hace de Rodó es de adhesión y simpatía, y la que hace de Vaz Ferreira se motiva sólo en desacuerdos ocasionales sobre un solidario basamento filosófico, su crítica de Santín Carlos Rossi obedece, en cambio, a discrepancias doctrinarias profundas.

Al disolverse entre nosotros, en este siglo, el positivismo spenceriano de fines del anterior, generó dos opuestas direcciones que se van separando cada vez más entre sí, a partir de su común origen. La del empirismo neo-idealista, que resultó ser la dominante, con nombres como los de Rodó, Vaz Ferreira y Massera, y la del cientificismo más o menos materialista, con nombres como los de Reyles, Figari y Rossi. Ambas hacen, de algún modo, filosofía de la vida; pero en tanto que, como criterio filosófico, la primera toma a la vida en su acepción de experiencia espiritual del ser humano, la segunda la toma en su inmediatez orgánica y biológica. La última im-

portante expresión teórica de esta segunda tendencia, en lo que tuvo de biologismo energetista típico de la época, fué el libro de Santín Carlos Rossi, *El Criterio Fisiológico* (1919), complementado con una breve comunicación a la Sociedad de Pedagogía, sobre *La Educación Integral* (1922). José Ingenieros, máximo representante latinoamericano del mismo científicismo, en amplio comentario que le dedicó desde su *Revista de Filosofía*, saludó encomiásticamente aquel libro como "digno de cualquier escuela europea"⁽³⁾. Sin dejar de rendir homenaje a sus méritos, Massera se le opuso, a través de uno de los trabajos más ejemplares de la crítica filosófica en el Uruguay.

A ese trabajo hay que acudir para interpretar aspectos esenciales de la filosofía de Massera, al mismo tiempo que para captar un momento significativo en la evolución de las ideas en el país. Registra allí el autor, con toda lucidez, la quiebra del biologismo dogmático de los Haeckel, Le Dantec y sus epígonos. Pero lo hace, laudablemente, de conformidad por otra parte con el magisterio nacional de Vaz Ferreira, sin regreso a apriorismos lógicos o metafísicos, desde una posición que quiere seguir siendo fiel a la experiencia y aun a la ciencia. "Lejos de mi mente —escribe— el pensar que el arte de conducir la vida se organice fuera de la ciencia, sin un cúmulo importante de datos de experiencia; pero, si ha de ser arte, forzosamente ha de sobrepasar sus límites. Lo que es, no es exactamente lo que debe ser. Lo que es, se demuestra, se comprueba; lo que debe ser se construye idealmente. Los fines no son verdades, aunque

(³) *Revista de Filosofía*, Bs As, T. XI, 1920, pág. 151.

lleguen a serlo en el futuro por incorporarse a los hechos. Una cosa no es buena o mala en sí, sino con relación a un fin que se postula como bueno, ha dicho Stuart Mill" (4).

Se inserta ahí espontáneamente el tema del valor. "Aunque sea la vida, en sus condiciones esenciales, el objeto de la biología pura, se trata de una vida ya vivida, en cierto modo muerta, y ésa es la materia de sus estudios. Es siempre un problema de existencia el que se resuelve, y no uno de acción futura, que supone un propósito, un ideal, un fin a cumplir. El problema de cómo debemos vivir nuestra vida, no es, pues, idéntico al de saber cómo la vida ha sido vivida en el pasado por los animales y los hombres" (5). Es por la vía de la axiología que se cumple en Massera, como en general, implícitamente, en todo nuestro idealismo de la experiencia, la superación del positivismo; pero de una axiología bien extraña, como ya se ha visto, a otras que adquirieron desde entonces espectacularidad, de exageración acaso no diferente en esencia, aunque con signo contrario, a la exageración científicista.

* * *

Es de esperarse que este volumen promulgue la pertenencia, con honor, de Massera al selecto y reducido grupo de pensadores que en la generación anterior echaron las bases de una filosofía latinoamericana. Lo que de ellos ha dicho Francisco Romero, le cuadra tan admirablemente que no se puede

(4) Pág. 122 del presente volumen.

(5) Págs. 134-135 del presente volumen.

menos que evocarle al leer estas palabras del ilustre argentino:

"Maestros de sí mismos, nada han debido sino a su propio esfuerzo, y se aplicaron a una tarea que ni tuvo el estímulo del auxilio magistral ni se vió incitada por una consideración o respeto general hacia este género de estudios. A veces ejercieron influjo en pequeños núcleos; a la larga el resultado de su magisterio ha sido grande, mayor probablemente de lo que ellos mismos esperaban. Uno de los rasgos de esta serie de maestros eminentes ha sido el aislamiento. Salvo una que otra excepción, estaban acostumbrados a la soledad, y hasta podría decirse que contaban con ella por adelantado: ni los desanimó ni se rebelaron contra ella. . . Ninguno de estos hombres deja tras sí un sistema articulado y total; hacer hincapié en ello fuera miopía, porque ni en filosofía valen exclusivamente las sistematizaciones completas, ni la ocasión les consintió siquiera olvidarse de la vida en torno para meditar en un laborioso retraimiento. Ante la demanda de obra teórica más configurada y copiosa, casi todos hubieran podido responder con las palabras conmovedoras de uno de ellos: «La vida no me dejó». Filosofaron e hicieron además muchas otras cosas, y por lo general con energía y clarividencia; contribuyeron de varios modos al progreso espiritual de sus patrias, y su aporte fué así más efectivo y oportuno que si se hubieran apartado en una reclusión que en su caso fuera egoísmo. El examen de sus escritos pone de manifiesto la seriedad de una información obtenida con ingente sacrificio y empeño, la hondura de una meditación que no tiene que envidiar en calidad a la de las más famosas inteligencias de otras culturas. . . Y dejan

además tras sí un elevado ejemplo de vida limpia y austera, sin vanidad, sin resentimientos" (°).

Puestas en singular esas palabras, retratan con fidelidad rigurosa, al par que sitúan en perspectiva continental, a José Pedro Massera, filósofo.



Arturo Ardao

(°) Francisco Romero, *Filosofía de la persona*. Bs. As., 1944, págs. 124-25, 132-33.